

CAPÍTULO 1

HACIA LA CONFORMACIÓN DE UN MERCADO DE TRABAJO (1810-1870)

María Paula Parolo

1. Presentación

Hablar de Tucumán entre 1810 y 1870 implica sumergirse en un período inaugurado con las guerras de la independencia y la crisis provocada por la ruptura del eje comercial Potosí-Buenos Aires y culmina con la organización del Estado (nacional y provincial) y el desarrollo de la industria azucarera que permitió a la provincia insertarse en el modelo agro-exportador. En esos más de cincuenta años de historia tucumana se alteraron todos los aspectos de la vida de sus actores. La crisis de legitimidad, el asentamiento del ejército, la alteración de la actividad mercantil, el paso al status de “provincia”, la abolición de la esclavitud, entre otros, nos hablan de cambios en la delimitación del espacio, las prácticas políticas, el perfil económico y las relaciones socio-laborales.¹

2. El siglo XIX: coyuntura bélica y crisis de la economía colonial

Desde la Colonia, la ciudad de San Miguel de Tucumán –enclavada en el corazón del actual Noroeste Argentino– constituyó un nexo obligado que articulaba los extremos del Pacífico y del Atlántico en las relaciones comerciales ultramarinas e interregionales, vinculando a Potosí con Buenos Aires. Posteriormente a la crisis producida por la independencia, la repercusión de diversas coyunturas políticas y militares sobre el comercio tucumano (como los bloqueos al puerto de Buenos Aires y algunos episodios de las guerras civiles), comenzaron a cobrar mayor importancia relativa las actividades relacionadas con la nueva red de intercambios que surgirá de la desarticulación de los antiguos circuitos coloniales que la ligaban al Alto Perú. Así se incrementó la construcción de carretas; el curtido y elaboración del cuero; la producción tabacalera y la de azúcares y aguardientes, mientras subsistieron las artesanías textiles y productos agropecuarios para consumo interno.

¹ Este capítulo recupera, principalmente, los resultados de la tesis doctoral de María Paula Parolo (2003) publicados en artículos varios (1995, 2000, 2004, 2005, 2006) y en el libro *Ni súplicas, ni ruegos. Las estrategias de subsistencia de los sectores populares. Tucumán, primera mitad del siglo XIX* (2008).

Asimismo, la prolongada presencia del Ejército Auxiliar del Norte en la región y los años de guerras civiles dejaron a la economía de la provincia en un estado financiero desesperante; a un importante segmento de las clases mercantiles diezmadas y el stock ganadero prácticamente agotado; condiciones que comenzaron a revertirse a partir de una relativa estabilidad y prosperidad recuperada desde 1830.

A pesar de todos los inconvenientes que debió enfrentar durante las primeras décadas del siglo XIX, el comercio siguió desempeñando el rol más destacado entre las actividades económicas de la ciudad. No sólo el comercio interregional de corta, mediana o larga distancia –cuyos circuitos se reorientaron luego de la crisis de la independencia y la separación del Alto Perú–mantuvo su rol dinamizador de la economía en general; el comercio al menudeo y la producción a pequeña escala se vieron también estimulados por el incremento demográfico experimentado por esta provincia a la que acudieron contingentes de soldados que debían ser abastecidos.

De este modo, la importancia del comercio dentro del conjunto de las actividades económicas, así como el rol de intermediaria mercantil entre diferentes regiones que tuvo la ciudad, se mantuvieron hasta bien entrada la primera mitad del siglo XIX. Este dominio se tradujo en el plano de las relaciones sociales, en la hegemonía que los grandes mercaderes mayoristas (comerciantes a “larga distancia”) ejercían sobre los minoristas (pulperos y tenderos) y ambos sobre los productores, quienes –de manera conjunta– conformaban el sector más dinámico de la economía provincial. Si bien el abasto del mercado local se encontraba de alguna manera supeditado a los mercaderes mayoristas, los productos de primera necesidad eran producidos dentro de la jurisdicción provincial y comercializados en el mercado (que funcionaba en la plaza principal) o en las pulperías (taberna-almacén de venta al menudeo).

En este marco, el universo social que alojaba la ciudad de Tucumán era vasto y diverso caracterizado por una estructura social piramidal en cuya cúspide se encontraba una élite claramente definida, constituida tanto por hacendados, agricultores y terratenientes, como por comerciantes mayoristas, pulperos y troperos. En la base de la pirámide también se definían visiblemente aquellos sectores que compartían la característica de estar ajenos al mundo del prestigio y el poder, que trabajaban en relación de dependencia y sobre quienes recaían las leyes contra la vagancia y la de la papeleta de conchabo (normativas de

disciplinamiento social, moral y laboral para peones, jornaleros, criados, sirvientes).² El centro de la pirámide se caracterizaba –a diferencia de la cúspide y la base– por una gran heterogeneidad. Pequeños y medianos criadores y labradores, capataces con tareas de mando sobre las peonadas y algunos maestros artesanos de la ciudad presentaban dentro de su diversidad de caracteres y formas de subsistencia un elemento en común: contaban con medios (parcelas de tierra, un taller, un pequeño peculio) que les permitía sustentarse sin caer en la dependencia del trabajo asalariado (Parolo, 2008).

A este amplio universo social se sumó el Ejército. Recordemos que tras los tempranos fracasos militares en la Banda Oriental y el Paraguay, las fuerzas se concentraron en el frente Norte, cobrando este último (y por ende la región) un trascendente protagonismo. En efecto, a partir de la Revolución, la guerra se instaló en la vida cotidiana –especialmente de los tucumanos, que desde 1811 tuvieron apostado en la ciudad al Ejército Auxiliar del Perú– alterando profundamente no sólo la economía de la región, sino hasta las fibras más íntimas de la organización social. Una ciudad que en 1812 registraba alrededor de 4.000 habitantes recibió un ejército conformado por unos 3.000 hombres, de los cuales, alrededor de 2.000 permanecieron, a partir de 1816, acantonados cumpliendo funciones de retaguardia.

Las necesidades de manutención de estas tropas convirtieron al Ejército en una suerte de entidad económica-financiera que demandaba bienes y servicios específicos, introduciendo en el mercado local un nuevo sector consumidor institucional (el propio ejército) y otro individual (oficiales y soldados) (Halperín Donghi, 1971).

3. El mundo del trabajo urbano

La ciudad de San Miguel de Tucumán constituía el centro del ordenamiento jurídico–político donde se asentaba la autoridad y desde donde se difundían los fundamentos del orden social y civil. Era, también, el centro de una vasta red de circulación, movilización y financiamiento de la producción mercantil.

² El conchabo era una relación laboral en la que un trabajador (generalmente peones) se asociaba a un patrón por medio de un contrato que establecía la dependencia de aquél bajo las órdenes de este último. Para acreditar tal condición el conchabado portaba una “papeleta” (documento) emitido por el empleador en el que se establecía el tiempo que duraba el “enganche” laboral.

La zona considerada urbana estaba comprendida dentro de las cuatro calles que se denominaban de ronda –es decir aquellas hasta donde llegaba la vigilancia nocturna de la policía–. Constaba de 80 manzanas, de las que sólo las centrales tenían edificación densa. En torno a ellas se encontraban chacras y quintas en las que se cultivaba arroz y trigo, siendo el primero objeto de exportación a otras provincias por su buena calidad. Para la fabricación de harina había molinos en las cercanías de la ciudad.

Los terrenos del “Bajo” (al este de la ciudad hasta el río Salí) estaban divididos en quintas y eran aptos para el cultivo del arroz por ser anegadizos y porque podían ser fácilmente regados. Por el norte, el oeste y el sur, la ciudad se encontraba rodeada por chacras en las que se cultivaba fundamentalmente trigo. Algunos autores mencionan también la existencia de tabladas para la cría de ganados ubicadas al sur y al oeste de la ciudad.

3.1 Las ocupaciones urbanas a comienzos del siglo XIX

Este espacio urbano contenía a una población de alrededor de 4.000 personas dedicadas a multiplicidad de profesiones, que denotaban la complejidad de su composición socio–ocupacional (ver Tabla N° 1 en Anexo)

Debido al sesgo de las fuentes (la mayoría de ellas censos y padrones militares), para las primeras décadas del siglo XIX contamos principalmente con datos sobre las ocupaciones masculinas. Las tareas serviles, empero, fueron las únicas consignadas también para las mujeres y eran, sin duda, las que predominaban en el mundo laboral del Tucumán pos independiente. Desempeñadas tanto por sirvientes (esclavos) como por criados, peones, agregados o conchabados libres (lo que llamamos “dependientes” por su condición de trabajo asalariado), concentraban casi un 40% de la mano de obra urbana. Se trataba del conjunto de personas que servían en una casa. Si bien no remitía directamente a la condición de siervo (esclavo) y no existía una correspondencia directa entre servidumbre y esclavitud, más del 40% de aquéllos eran esclavos. Se asemejaba, en algunos casos, a la condición de criado ya que tanto la servidumbre libre como algunos criados habrían percibido salario por sus tareas, fenómeno sobre el que volveremos más adelante. Abocados a este tipo de trabajo de servicio se encontraban tanto indios, como negros, mulatos, algunos blancos y también un alto porcentaje de mujeres y niños, lo que permite inferir que familias enteras se empleaban como servidores domésticos, predominando mujeres solteras, viudas y niños.

Agregados, criados, conchabados y servidumbre, parecían ser, entonces, condiciones de trabajo de quienes desempeñaban tareas serviles, prácticamente reservadas para los sectores de "color", a las que se estaba condenado a ingresar en forma casi hereditaria ya que estas condiciones se consignaban en los padrones de población desde los primeros meses de vida (Parolo, 1995)

De este modo, la servidumbre no era una condición exclusiva de los esclavos –que indefectiblemente caían en ella por su condición jurídica–, sino que existían otros condicionantes, los que constituían la base de la diferenciación interna dentro esta categoría tan numerosa. A fines del siglo XVIII, a propuesta del Síndico Procurador del Cabildo, se estableció una suerte de clasificación de la servidumbre según los motivos que hayan llevado a dicha condición:

“[...] una mugerqe. por sus excesos o vida licensiosa es conducida por un juez con Titulo de correccionala casa de una Señora paraqe. purgue su delito porno havercautel: ó una muchacha quien en edad tierna le faltaron los Padres, y para atender asu educación pone el juez al arrimo de una Señora, no deven igualarse para la graduacion del salario, con otra muger que por elección propia, con el fin de ocurrir al remedio desu indigencia por medio de un trabajo onroso se dedica libremente a servir [...]”.³

Una vez realizada esta distinción, propone la designación de un salario fijo sólo a esta última clase de mujeres, a las que “siendo de catorce años para arriba su edad, cualquiera persona que la quiera recibir asu servicio con calidad de conchavadas debe pagarles doce reales por mes corrido en dinero ó otra especie que acomode a la sirvienta”.

Por su parte, establece para las huérfanas “a quienes consultando su buena educación, y adelantamiento, recomienda el Juez al arrimo de alguna Señora deven servir a esta por solo el vestuario hasta qe. tengan la edad de catorce años, y cumplidos estos es justo qe. gosen de libertad de buscar su salario señalado antes en la casa qe. mejor les acomode, en fuerza del privilegio qe. pertenesea su origen libre”.

³ Archivo Histórico de Tucumán (en adelante AHT), Sección Administrativa (SA), Volumen 12, año 1794, f. 157.

Y por último, para las depositadas en casas de Señoras como castigo por delitos cometidos establece que deberán cumplir el servicio “aración y sin sueldo”; pero cumplido el término de la pena debían ser declaradas absueltas y otorgarles la libertad para elegir su medio de vida.

El Cabildo, a su vez, antes de aprobar y hacer ejecutar la propuesta del Síndico Procurador, agrega una serie de precisiones que demuestran que también dentro de la “servidumbre” se encontraban diferencias cualitativas que no sólo implicaban distintos grados de jerarquía dentro de este sector, sino también de remuneración. La fuente analizada habla de la distinta habilidad y de la cantidad de trabajo que recaía sobre cada una de las criadas como factores determinantes del salario que le correspondería a cada una. De este modo, estipuló que:

“Las qe. sirbiesen en labado, planchado, costuras y cocinas ganen: dos pesos mensuales. “Las que solamente sirben en uno de estos oficios por no ser mas abundante su aplicación é industria ganen doce reales mensuales.

“Las qe. no puedan hacer estos servicios por ser totalmente inaviles ganen un peso mensual.

“Las que se depositan en casas particulares por defecto de carcel para compurgar sus delitos o estar contenidas no podrán exigir salario alguno y así permanecerán a racion y sin sueldo sirviendo en cuanto se les ocupe por el alimento qe. se les da”.

Por otra parte, el Bando aclaraba que esta última clase de mujeres “mas bien apetecen estar conchabadas en los ranchos, con otras de igual estado huyendo de la corrección educacion y sugesión para gozar de libertad”. Para evitar esta costumbre “se declara qe. solamente podran estar conchabadas con señoras de conocida conducta á menos qe. las justicias den expresa licencia para lo contrario”.

Para el resto de las criadas –aquellas que cayeron en la servidumbre por orfandad u otra causa– se estableció que “ninguna podrá ajustarse en menos de un año de servicio. Á exsepcion de combenio particular y por lo mismo no les será arbitrar o mudar señoras antes de cumplido el ajuste, á no ser padezcan cebicia ó intervengan motibos suficientes para ello”.⁴

⁴ La sevicia era el maltrato o falta de cumplimiento de los deberes de los amos frente al esclavo (como brindar educación religiosa, alimentación, vivienda y evitar los castigos corporales).

El mismo reglamento de 1794 establecía que “algunos entendiendo mal la obra de caridad que hacen en obsequio de Dios con la criansa de huérfanos quieren sugetarlos a una especie de servidumbre incompatible con la libertad que estos tienen”. Para evitar estos excesos “se aclara que teniendo dieciocho años cumplidos, pueden libremente elegir señores con quienes conchabarse”.

De este modo, en el caso de la población libre, la servidumbre era concebida como un estado de sujeción personal que debía ser retribuido económicamente y podía revertirse mediando determinadas circunstancias.

Por otra parte, según esta fuente, tanto las criadas como las conchabadas se desempeñaban como sirvientas. Criados, conchabados y servidumbre, parecían ser, entonces, formas de nombrar a una misma condición que llevaba implícita una situación de dependencia y, al mismo tiempo, de relativa libertad (restringida por las leyes contra la vagancia y la de la papeleta de conchabo) reservadas para los sectores de "color". Se trataba, por otra parte, de una ocupación despreciada por la sociedad, a tal punto que se la utilizaba como pena para purgar actos delictivos (Parolo, 2006).

El bando del Cabildo que estipuló el salario para estas gentes es también un ejemplo de que el estado de indefensión y desamparo de estos sectores sociales no era absoluto. El mismo manifiesta la intención de las autoridades de protegerlos ante los excesos de los usos y costumbres de una sociedad basada en la desigualdad jurídica y étnica.

Las condiciones de vida y de trabajo de estos dependientes no parece haberse modificado demasiado en el transcurso de los primeros años de la vida independiente. Sin embargo, no se trató de un sector totalmente pasivo y resignado a su suerte. Existen numerosos testimonios de manifestaciones de rebeldía cotidiana (denunciada por los amos), así como de iniciativas civiles y judiciales de criados en defensa de sus derechos. Las denuncias por maltratos y las fugas de esclavos y conchabados constituyeron otras formas de resistencia de estos sectores frente a su sujeción personal.

El silencio de las fuentes sobre este sector de la sociedad dificulta el análisis de la evolución del uso, significado y características de esta categoría durante la primera mitad del siglo XIX. La omisión de los mismos en algunos padrones, la eximición de obligaciones tributarias, la falta de legislación sobre sus

tareas, la inexistencia de testamentos y de registro de transacciones realizadas por ellos, hace que los perdamos de vista hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Otro segmento laboral destacado fueron los artesanos. Los oficios manuales absorbían un importante porcentaje de trabajadores, un 20% de la población urbana activa se dedicaba a ellos. El uso del término artesano para englobar a todas aquellas actividades manuales de las que resultaba un producto final destinado a la venta, no es propio de las fuentes. Entre ellos encontramos herreros, carpinteros, zapateros, sastres y plateros. Excepto entre estos últimos (quienes eran todos españoles), el resto de los oficios artesanales contaban también con indios, pardos y negros. Asimismo, existía un 3% de la población esclava que se dedicaba a estas actividades.

Entre los artesanos coexistían hombres libres y esclavos; españoles, indios y negros; tucumanos, de otras provincias y extranjeros; así como individuos distinguidos con el apelativo “Don” y sin él (este trato indicaba su condición de vecino y un reconocimiento social). Existía al interior del grupo la posibilidad de ascenso vertical ya que dentro de cada gremio de artesanos había diferenciaciones internas bien marcadas. Tratándose de ocupaciones que implicaban la necesidad de un período de aprendizaje y práctica del oficio, las mismas se encontraban organizadas jerárquicamente. Peones, oficiales, maestros y maestros mayores cumplían funciones y asumían diferentes grados de responsabilidad en el taller. Los dos primeros constituían el escalón más bajo dentro de la actividad, generalmente ocupado por esclavos, pardos, mulatos libres o indios; mientras que los maestros eran por lo general españoles y llevaban el “Don”. Sin duda, la condición de maestro estaba relacionada con el grado de experiencia en el oficio y con la posesión de un taller. Eran ellos quienes arreglaban con el gobierno los trabajos para el ejército o arreglos del Cabildo y eran, asimismo, quienes cobraban. (Parolo, 2008)

A pesar del importante desarrollo que comenzaron a tener estos oficios en directa relación con la coyuntura bélica, no parecen haber sido ocupaciones que aseguraban estabilidad ni solvencia económica. La casi inexistencia de testamentarias de este sector de trabajadores hace suponer que no contaron, en general, con una considerable capacidad de acumulación, o bien, que no protocolizaban sus testamentos. Por otra parte, entre las escasas transacciones comerciales registradas en las que participaron artesanos, predominaban las compras de sitios pequeños (de un cuarto o de medio solar), así como los pedidos de cobro de pesos, y, en menor medida, la compra de esclavos. En

suma, al parecer, las actividades artesanales no constituían garantía de una existencia desahogada en términos económicos.

Por otra parte, el comercio –principal actividad económica de la provincia– resultó una destacada vía de inserción laboral. Pulperos, tenderos y fleteros participaban de las esferas del transporte, intercambio y circulación de bienes, haciendo de dichas actividades sus fuentes de subsistencia. Durante todo el período analizado los comerciantes se ocuparon activamente de la introducción de efectos de ultramar y de aguardiente, así como de la exportación de bienes –especialmente suelas y cueros– a Buenos Aires, Salta y Jujuy; actividad esta última que los vinculará en forma muy fluida con los principales troperos y carreteros de la provincia. Fueron también importantes abastecedores del gobierno revolucionario para el sustento de los tropas, en tanto participantes activos en el depósito de telas, maíz, arroz y otros efectos para el mantenimiento de las mismas (Parolo, 2005).

Los comerciantes o mercaderes de las primeras décadas del siglo XIX constituían un sector bastante heterogéneo conformado por individuos de mayor o menor riqueza, dedicados generalmente a la importación y exportación de productos aunque presentaran una importante diversificación en sus operaciones mercantiles plasmadas en la compra de tierras, chacras, ganado, quintas y –más avanzado el siglo XIX– de establecimientos de destilación de azúcar y aguardientes. Por otra parte, hemos podido comprobar que fueron el sector económico más castigado por las presiones fiscales (elevación y creación de nuevos impuestos y empréstitos extraordinarios). Dentro de esta heterogeneidad (en los giros de comercio, rubros de operaciones y prestigio) pareciera advertirse una constante: la apertura y posesión de tiendas, no sólo destinadas a la recepción y despacho de mercadería al por mayor, sino también almacenes de venta al menudeo que entrarían en franca competencia con las pulperías –aspecto que analizaremos en las páginas siguientes–.

Junto con los dueños de tiendas y los troperos, encontramos entre las clases mercantiles a los pulperos. Las pulperías de la ciudad de Tucumán eran una suerte de almacén–taberna–tienda que abastecía de alimentos, vestimentas y de bebidas y ofrecía, al mismo tiempo, un espacio de ocio y recreación para los sectores populares. Mientras las pulperías no gozaban de muy buena reputación, sus propietarios no parecían compartir el desprestigio del que estos antros eran víctimas. Si bien se trataba de un grupo heterogéneo gozaron, en gran medida, del “Don” participaron en diversas operaciones mercantiles; fueron uno de los

principales contribuyentes de los empréstitos; algunos poseían mayores bienes que ciertos comerciantes mayoristas; se vincularon familiar y comercialmente con estos últimos, lo que les permitió en muchos casos transitar por las diferentes esferas del comercio y participar de la vida política ocupando cargos públicos. Si bien los comerciantes fueron quienes ocuparon los cargos políticos de mayor jerarquía y quienes acumularon mayores capitales (por lo menos eran los que desembolsaron grandes sumas de dinero en los empréstitos), los pulperos también gozaron de una destacada fortuna y prestigio. (Parolo, 2004)

Finalmente, un 15% del total de ocupaciones estaba compuesto por militares, empleados del gobierno (guardas, interventor de correo, tesorero); las actualmente denominadas profesiones liberales (abogado, médico, escribano) u oficios como los de carnicero, barbero o músico de escasa significación porcentual.

3.2 Las transformaciones en el medio siglo

Promediando el siglo XIX, la ciudad había crecido notablemente. Según el Primer Censo Nacional levantado en 1869, el departamento Capital podía dividirse en tres secciones: el área central de la ciudad de Tucumán; los suburbios y su campaña. Las dos primeras –consideradas “urbanas”– albergaban a 17.438 individuos. El abanico de ocupaciones consignadas en ambos sexos era sumamente amplio. Se repitieron muchas de las que ya se registraron en los padrones de comienzos del siglo XIX, pero aparecieron una gran variedad de profesiones nuevas (confitero, tonelero, blanqueador, barraquero, preceptor, tamalera, amasandera, cigarrera, etc.); así como una suerte de especialización o desprendimiento de otras tareas (planchadoras, lavanderas, cocineras).

Sin duda esta multiplicidad de ocupaciones que se registraron en 1869 no respondían solamente a las transformaciones económicas y sociales del período, sino fundamentalmente a una forma de relevamiento que no sólo era ya de carácter estadístico (por ende conllevaba una clasificación mucho más analítica), sino que prestó especial cuidado en especificar las ocupaciones femeninas, hecho que no ocurría en ningún padrón anterior (ver Tabla N° 2 en Anexo).

Las ocupaciones que concentraban mayor porcentaje de población masculina eran la de peón y la de jornalero, las que alcanzaban, en nuestra

muestra, a un 18,2% del total de las ocupaciones registradas.⁵ En segundo término encontramos a los comerciantes representados por un 16,5%, y, muy cerca de ellos, los zapateros que constituían el 16,2%.

Si analizamos los datos agrupados, podemos constatar que, en realidad, eran estos oficios los que aglutinaban la mayor cantidad de hombres (representaban el 31,3% de las ocupaciones), aunque, probablemente, entre los que figuraban como zapateros, carpinteros y sastres estaban incluidos también oficiales y aprendices, quienes se desempeñaban como peones asalariados en los talleres de los maestros.

Los dependientes (en los que se agruparon a peones, jornaleros y sirvientes) constituían el 26%. Entre los hombres dedicados a actividades mercantiles (17%) predominaban los comerciantes que conformaban el 13,1% del total de las ocupaciones registradas, mientras que los troperos, pulperos y abastecedores no alcanzaban al 4% de las mismas. (Parolo, 1995)

La disparidad entre los porcentajes de individuos por grupo de edad entre las ocupaciones, así como las notables diferencias en las edades promedios, sugeriría la existencia de un ciclo ocupacional vinculado al ciclo vital. Efectivamente, hasta los 14 años predominaban las ocupaciones con relación de dependencia (más del 55% eran peones, sirvientes, jornaleros, artesanos-peones). En el segmento correspondiente a los 15-29 años se observa la disminución porcentual de las ocupaciones en relación de dependencia, cobraron mayor peso las “otras” ocupaciones y las actividades comerciales, mientras que el porcentaje de hombres con oficios aumentó considerablemente constituyendo la ocupación del 40% de los individuos entre esas edades. Entre los 30 y 44 años no se mantuvieron las tendencias observadas en la franja etaria anterior (disminución de los dependientes, leve ascenso de comerciantes y “otras” profesiones y preeminencia de artesanos, aunque en menor proporción con respecto al segmento precedente). A partir de los 45 años se revertía la situación, la servidumbre y los oficios artesanales representaban un 22% mientras las actividades comerciales predominaban en un 31% de los hombres a partir de esa edad.

⁵ El uso de los términos peón y jornalero no habría marcado diferencias en el tipo de tareas que cumplían ni en las condiciones laborales, sino sólo en la paga que se realizaba por día (jornal) en estos últimos, a diferencia de los primeros a quienes se abonaba por tarea realizada o por períodos de tiempo más prolongados.

Se podría concluir, entonces, que a medida que aumentaba la edad de los hombres iba disminuyendo el porcentaje de dependientes y de artesanos, en beneficio de otras actividades (muchas de las cuales implicaban cierta independencia económica)

El mundo del trabajo femenino se despliega con mucha más claridad a partir del censo de 1869. Si bien el cuadro ocupacional de la ciudad ha sufrido transformaciones, el servicio doméstico seguía absorbiendo el mayor porcentaje de mano de obra femenina (46%), mientras que entre los hombres el porcentaje de sirvientes se redujo considerablemente (8%). A diferencia de los padrones de principios de siglo XIX, en esta oportunidad, los censistas registraron detalladamente las ocupaciones femeninas, que presentan, también, un alto grado de desagregación (ver Tabla N° 3 en Anexo).

El mayor grado de desagregación responde, entre otros factores, a una nueva forma de clasificación sobre la base de la función específica que se realizaba dentro del servicio doméstico –a quienes otrora se denominaba genéricamente con el término “servidumbre”–. Entre las que concentraban mayor porcentaje de mano de obra se encontraba, en primer término, la sirvienta (28,2%), cuya edad promedio rondaba los 19 años. Sumando a éstas las lavanderas, cocineras y planchadoras, la población dedicada a tareas domésticas en 1869, representaba al 46% del total de las ocupaciones femeninas.

El análisis de las actividades femeninas por grupo de edades indica que era, sin duda, el servicio doméstico el que concentraba a la población femenina más joven. Un importante porcentaje de mujeres dedicadas a esas tareas eran niñas (24,5%), aunque el grueso de ellas se encontraba entre los 15 y 29 años y, a partir de esa edad, se observa un pronunciado descenso.⁶

De este modo, de la misma manera que hemos notado entre las ocupaciones masculinas una suerte de ciclo vital, en el mundo del trabajo femenino y, concretamente dentro de las servidas domésticas, inferimos que se

⁶ Pero debemos detenernos en las diferencias internas de este grupo de ocupaciones al que hemos denominado servicio doméstico. Un análisis desagregado de las mismas, permite advertir que eran las sirvientas las que presentaban la media de edad más baja a las del resto (19,6 años). Por el contrario, el porcentaje de planchadoras, cocineras y lavanderas se mantenía con cierta regularidad –excepto por un leve ascenso en el segmento correspondiente a los 15-29 años– en todas las cohortes de edades. La edad promedio en el caso de las planchadoras era de 30,9 años, el de las cocineras de 30,2 y las lavanderas 34,2. (Parolo, 1995)

podía comenzar a trabajar como sirvienta y con el paso del tiempo conseguir la experiencia necesaria en determinadas tareas (cocina, planchado, lavado) y convertirse en cocinera, lavandera o planchadora, tareas que, probablemente, hayan sido mejor remuneradas.⁷

Después del servicio doméstico, era la confección –costura y bordado– la actividad que nucleaba el mayor porcentaje de mano de obra femenina (21,2%). Entre las costureras –cuya edad promedio era 27 años– predominaban por amplio margen las mujeres entre los 15 y 29 años. Una característica particular de este rubro era el alto porcentaje de alfabetización con respecto a las otras ocupaciones, más de la mitad (56%) de las costureras y bordadoras leían y escribían, mientras que entre las domésticas sólo una de cada diez lo hacía. Eran también las trabajadoras de la confección las que registraban mayor cantidad de originarias de otras provincias.

La textil, era la tercera actividad en cuanto a porcentaje de mujeres ocupadas (17%). Más de un tercio de ellas poseían entre 15 y 29 años, proporción que se mantenía más o menos constante hasta los 45 años, lo que permite inferir que esta actividad presentaba una participación equilibrada de mujeres en diferentes edades, aunque parecían ser tareas propias de mujeres adultas, ya que la edad promedio de tejedoras, hiladoras y pelleras era de 33,7 años.

El 16% restante de la mano de obra femenina se encontraba distribuido en una multiplicidad de ocupaciones entre las cuales la de cigarrera muestra el mayor porcentaje. Junto a éstas encontramos empanaderas, amasanderas, tamaleras, verduleras, veleras y mujeres dedicadas al comercio. Todas estas actividades –excepto las cigarreras–⁸ podrían entenderse como vías alternativas a la dependencia que significaba emplearse en el servicio doméstico, y tal vez, a la falta de preparación y/o calificación para dedicarse a la costura o a la manufactura

⁷ A fines de siglo, Rodríguez Marquina se refería a ellas en los siguientes términos: “[...] la que se dedica a lavar ropa, lo hace ó cuando se ha criado en el oficio ó cuando dada de baja en la cocina no sabe otro medio de buscarse sustento [...] la planchadora es de mayor categoría. Las hay de todas las edades y nacionalidades [...]”. (Rodríguez Marquina, Paulino 1894:53). Treinta y cinco años después del Primer Censo Nacional, en su Informe sobre el estado de la Clase Obrera, BialeMassé confirmaba que existían diferentes remuneraciones entre las trabajadoras domésticas según la tarea que llevaran a cabo (BialeMassé, 1904:219).

⁸ En 1894, Rodríguez Marquina, con una negativa visión sobre las mujeres de los sectores populares, afirmaba que la cigarrera “es por regla general, jóven, de catorce á veinte años [...] carece de educación; no vive de los cigarros que confecciona y con raras escepciones vive del vicio” (Rodríguez Marquina, 1894:91).

textil. De este modo, la elaboración de este tipo de productos (empanadas, velas, tamales, etc.) habría permitido a algunas mujeres sobrevivir con cierta independencia.

En suma, las tareas domésticas eran las que absorbían el mayor porcentaje de mujeres en actividad. Si bien las mismas concentraban más del 80% de la mano de obra infantil, en edades más avanzadas perdían peso relativo, peso que iban cobrando otras ocupaciones –como la costura, el tejido, el hilado o aquellas tareas que hemos vinculado a una suerte de independencia económica como veleras, amasanderas, tamaleras, etc.– las que en su conjunto concentraban –a partir de los 45 años– a casi el 60% de mujeres en actividad.

Sin dudas, las características ocupacionales de la población de Tucumán en 1869 distaban mucho de la que encontraríamos reflejada en los padrones de las primeras décadas del siglo XIX. Es muy poco lo que podemos afirmar en torno a las transformaciones en el mundo ocupacional femenino en el medio siglo que transcurrió entre los primeros y el último recuento. De este modo, ante la simplificada y desvirtuada imagen de una población femenina dedicada sólo al servicio doméstico de principios del siglo XIX, el censo de 1869 revela la multiplicidad y complejidad del mundo ocupacional femenino (Parolo, 2008).

Es, sin embargo, en el cuadro ocupacional de la población masculina donde se pueden observar más claramente las transformaciones. Como se puede advertir, los que experimentaron un aumento gradual entre 1812 y 1869 fueron los comerciantes (categoría que incluye a comerciantes, tenderos, abastecedores, troperos); los oficios artesanales (carpinteros, zapateros, sastres y herreros) y “otros dependientes”.

La servidumbre habría seguido una evolución irregular. A comienzos del siglo XIX representaba una alta proporción; en 1869 disminuyó notablemente mientras que otros dependientes (criados, peones, jornaleros, agregados) se incrementaron paulatinamente, lo que permite suponer un cambio en las formas de registro. Quienes a comienzos del siglo se identificaban como sirvientes en los sesenta engrosaron la categoría de trabajadores dependientes o asalariados (especialmente peones y jornaleros).

El caso inverso fue el de los pulperos, quienes en 1869 prácticamente desaparecieron como categoría ocupacional. Otro caso similar era el de los

labradores o agricultores, quienes, si bien estuvieron registrados en 1869, su porcentaje disminuyó paulatinamente en los 57 años analizados.

Por último, fueron las agrupadas como otras ocupaciones –que incluyen una variada lista de actividades y oficios– las que presentaron cambios significativos. Con el paso de los años aparecieron muchas categorías que antes no existían (como los caleros, blanqueadores, preceptor) y otras que antes realizaban pulperos o tenderos (panadero, almacenero, confitero).

Si bien el análisis ocupacional de la población masculina de la ciudad de Tucumán en el transcurso de la primera mitad del siglo XIX muestra una mayor variedad de ocupaciones –muchas de las cuales implicaban una relativa independencia– ; los porcentajes de peones y sirvientes –26,3% de los hombres ocupados– y de empleadas domésticas –46% de las mujeres en actividad–, estarían indicando que el trabajo asalariado se mantuvo durante el período fuertemente arraigado y en franco aumento.

4. El mundo del trabajo en la campaña

Tucumán significó diferentes conceptos y extensiones hasta circunscribirse desde el año 1821 a los límites propios de San Miguel de Tucumán que, como todas las ciudades coloniales, constituía el núcleo central, residencia de funcionarios y centro administrativo y religioso, con jurisdicción sobre determinada extensión de campaña, cuyos límites no estaban especificados con claridad. Se caracterizaba por una gran variedad de paisajes; podían distinguirse diferentes unidades naturales (llanuras, conjuntos montañosos, bosques, etc.) que favorecieron el desarrollo de diversas actividades productivas: agrícola (algodón, maíz, papa, y posteriormente, trigo, arroz, vid y caña de azúcar); ganadera (cría de vacunos, ovinos y equinos, especialmente para el intercambio comercial con el Alto Perú) y manufacturera (carretas, muebles, curtiembres, molinos).

Esta riqueza natural llevó a algunos contemporáneos a realizar una descripción idealizada de la vida campesina:

“La vida en la campaña era tranquila y fácil. La feracidad extraordinaria de la tierra y la sobriedad de sus habitantes, tornaban desconocidas las angustias de la lucha por la existencia. Había grandes propietarios rurales, ganaderos acaudalados, labradores de no escasa fortuna, pero el pueblo disponía libremente de la mayor parte de la tierra. Fuera de las

extensiones cultivadas, que ocupaban una pequeña porción del partido, el resto pertenecía a todos, porque las leyes de Indias autorizaban su usufructo sin restricciones” (Ricardo Jaimes Freyre, 1909)

4.1 Las ocupaciones rurales a comienzos del siglo XIX

En cierta medida la descripción de Jaimes Freyre es acertada, aunque no se ajusta cabalmente a lo que los datos estadísticos nos ofrecen. Según los padrones de la época, la población rural tucumana se dedicaba principalmente a la cría de ganado y al cultivo de la tierra (72% de criadores y/o labradores); un 21% se ocupaba en actividades que suponían una condición de dependencia, ya sea a cambio de un salario, de una vivienda o una parcela de tierra (capataces, peones, jornaleros, criados, agregados, conchabados) y un escaso 8% revestía oficios artesanales, militares o eclesiásticos (ver Tabla N° 4 en Anexo).

Estos últimos correspondían a una amplia gama de actividades, algunas ligadas a una demanda de bienes que requería de actividades artesanales para su elaboración (lomilleros, curtidores y rienderos); otras de tipo militar o artística (músicos); así como algunos oficios artesanales (zapateros, sastres y carpinteros).

Si bien hemos afirmado que, en términos generales, en la campaña de Tucumán parecían predominar las ocupaciones de criador y labrador, al analizar los datos obtenidos de diferentes departamentos se observan diferencias relevantes. Estas diferencias por región indican que no podemos tomar la campaña como una unidad de análisis homogénea, ya que según las diferentes características ecológicas y la estructura de la propiedad, entre otros factores, se presentaban variaciones que condicionaban las ocupaciones de sus habitantes.

La categoría de criador se atribuía con independencia del número de ganado que poseían –existían criadores con más de 800 cabezas y otros con menos de 10–; la categoría tampoco era exclusiva ni excluyente de ningún grupo étnico –había indígenas, negros, mestizos, españoles y europeos catalogados como tales–; como tampoco parece haber sido la forma de acceso a la tierra –los hubo propietarios, arrendatarios y poseedores de acciones de tierras–.

En definitiva, se trataba de una categoría con una gran heterogeneidad de atributos que –como afirmara Fradkin para el caso bonaerense– parecía designar, en principio, “a todos los que se dedican a la cría de ganados, independientemente de su magnitud, del tipo de ganado y, en buena medida de su status social o del control legal que ostenten sobre la tierra”. (Fradkin, 1993:21)

Es decir, al interior de cada una de estas categorías se distinguen subsectores con diversos status, en la medida en que podían poseer el control legal sobre la tierra o no, el tamaño de las propiedades podía ser sumamente variable, el ganado de diferente tipo y calidad, etc. Por ello debemos diferenciar aquellos sectores más altos de criadores –representados posiblemente por los blancos o españoles– que junto con esa ocupación adquirieron la calidad de "Don" de aquel sector de criadores sin dicho apelativo. Se trataba, entonces, de una categoría poco homogénea. Englobaba un universo diverso en el que se pueden detectar grandes propietarios, con un stock ganadero considerable, que contaban con dependientes (agregados, peones y esclavos) y eran socialmente reconocidos como "Don"; hasta criadores no propietarios (campesinos pastores) que disponían sólo de un reducido número de animales y utilizaban mano de obra familiar.

Posicionados en un estrato ligeramente inferior al de los criadores de ganado se encontraban los labradores. Un diccionario de comienzos del siglo XX define al labrador como "el que labra la tierra", pero agrega "que posee hacienda de campo y la cultiva por su cuenta", brindando como última acepción "el que vive en aldea o pueblo pequeño y, aunque no se ocupe de la labranza, tiene el traje y costumbres de labradores".⁹ Pierre Vilar advierte sobre la particularidad que el vocabulario adquiere en diferentes lugares y momentos históricos y brinda como ejemplo el término en cuestión, afirmando que "hay regiones en que 'labrador' engloba a todos los trabajadores de la tierra" (Vilar, 1980:115). La amplitud y vaguedad de estas definiciones no hacen sino aumentar la imprecisión de esta categoría. Jorge Gelman formula una explicación a esta falta de diferenciación entre los labradores del Río de la Plata: "labrador sin duda incluye a los que denominamos pequeños estancieros–chacareros y campesinos autosuficientes. Se trata de gente que no necesita conchabarse para completar sus ingresos, aunque existan entre ellos diferencias internas, según la magnitud de sus rebaños y tierras y acorde con esto según contraten mano de obra o se limiten al empleo de la mano de obra familiar", presentando a continuación un ejemplo de un labrador que cuenta con animales y cultiva "algo" (Gelman, 1993:88).

Podría sugerirse, por lo tanto, que el término labrador en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX no definía exclusivamente a productores agrícolas, sino a un productor que combinaba la cría de ganado en pequeña escala y, paralela, complementaria o alternativamente, el cultivo de sementeras de maíz, lo

⁹ Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano, Tomo XII, Barcelona-Buenos Aires, 1912.

que le habría permitido mantener al grupo familiar y evitar conchabarse de manera permanente o por temporadas. Asimismo, a esta complementariedad entre las tareas de criador y de labrador, podía sumarse la alternancia de la venta de la fuerza de trabajo.

Ser labrador no indicaba, entonces, una posición social precisa ni una determinada identidad étnica. Dentro de este grupo ocupacional existía una gran heterogeneidad, desde los campesinos de tenencia precaria, hasta el que poseía una importante dotación de peones, agregados y esclavos, como propietario o, incluso, arrendatario de tierras. En la primera mitad del siglo XIX las categorías de criador y labrador no eran, de ningún modo, excluyentes una de otra.

El último estrato social de la campaña estaba constituido, sin duda, por aquel amplio universo de dependientes cuya subsistencia se encontraba atada a un salario como los capataces, peones, jornaleros y gente de servicio.

El capataz se refiere al que gobierna y tiene a su cargo cierto número de gentes para algunos trabajos. Persona a cuyo cargo está la labranza y administración de las haciendas de campo. Era entonces la persona que cuidaba y administraba una estancia, cabeza de los jornaleros y criados, lo que permite ubicarlo como último eslabón en la cadena de mandos muy cercano al patrón o al administrador. Un verdadero hombre de confianza del estanciero, resultaba ser una pieza clave en el funcionamiento cotidiano de las estancias. Aparentemente, las funciones que cumplían los capataces eran muy variadas. Recorrer puestos, supervisar todas las faenas –desde las aradas hasta la cosecha–, alquilar bueyes y arados, conchabar peones, cuidar las manadas de yeguas, controlar las boyadas, amansar toros y novillos, reconocer los rodeos de los vecinos para recoger los que tuviesen marca de la estancia, etc. Este cúmulo de tareas requería una destreza particular, por lo cual un capataz debía ser leal y diestro en las faenas de campo, así como exhibir dotes de liderazgo, ya que se encontraban “entre dos fuegos”, el del patrón y el de sus subalternos. Pero los capataces no sólo permanecían y cuidaban estancias. También había capataces de casa, de galpón, de campo, de tropa, etc., quienes en cada caso dirigían el correspondiente grupo de peones. La variedad de funciones que cumplían, la responsabilidad de las tareas que se les asignaban, la posibilidad de acumulación de un pequeño capital, la identificación con los intereses de sus patrones y la protección que recibían de estos últimos permitiría considerar al capataz como uno de los segmentos del difuso universo de dependientes con mayores posibilidades de acceder a mejores condiciones de trabajo y de vida.

El peón o jornalero o una forma combinada de ambas jornalero-peón era utilizado recurrentemente, lo que no permite suponer que se trataba de una discriminación entre un trabajador rural temporario (jornalero) y uno permanente (peón) –tal como se observará en la segunda mitad del siglo XIX–, sino que eran términos empleados indistintamente para identificar a aquél sector que vendía su fuerza de trabajo. Tanto indígenas, españoles pobres, mestizos y castas componían el pequeño segmento de jornaleros de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Esta ocupación era predominante en los segmentos más jóvenes de la población, ya que el 64% de los jornaleros y peones tenían menos de 29 años, notándose un importante descenso a partir de los 30 años (sólo el 25% de los peones superaba esa edad).

Los peones realizaban tareas sumamente variadas, tales como cuidar quintas y corrales, alzar rodeos, podar árboles, carnear animales o como picadores o delanteros en tropas de carretas. Y, fuera de las tareas específicamente de campo, los encontramos acompañando a los capataces en otras “diligencias”, como el robo de ganado o expulsión y desalojo de “usurpadores” en las tierras de sus patrones.

Para las tareas de campo eran, generalmente, conchabados por determinados períodos. No existen sobre ello ni sobre los salarios datos sistematizados. Pero, algunas cifras aisladas pueden darnos una idea aproximada de la paga. En 1808 los peones de tropa percibían por un viaje de Buenos Aires a Tucumán y de ésta a Salta y Jujuy un salario que rondaba entre los 14 y los 18 pesos según la tarea que los ocupaba. Por lo general, se realizaba un adelanto de parte de la paga antes o durante el viaje, así como extras de uno o dos pesos por tareas que no estaban contempladas inicialmente (guarda de bueyes y de carretas). El cuidado de las haciendas se remuneraba con ocho pesos al mes. Por lo general los pagos se realizaban parte en metal y otra en especie (una res, un novillo, un caballo, una vaca, bueyes).

Hacia 1825 un viajero inglés observaba que “por lo que se refiere a las clases bajas, se puede conseguir peones para muchos trabajos comunes en cualquier cantidad, por tres o cinco pesos cada uno, al mes; capataces por ocho o diez pesos; peones para labores de cierta importancia, como leñadores, por seis a ocho pesos, también por mes” (Andrews, 1825:66).

Sin duda, los peones o jornaleros formaban parte del sector más bajo de la sociedad, tal como lo manifestaran los mismos contemporáneos, como Andrews en la cita anterior. En efecto, parecía existir una casi automática identificación del peón con el pobre o, incluso, con el indigente. Así lo expresaron testigos, causantes y los propios acusados en numerosos expedientes judiciales y en declaraciones de pobreza en los que se leen expresiones tales como “no tiene oficio ninguno masque. el de ser peón”; “es tan pobre sin mas ejercicio que el de jornalero”, por lo cual se declaró al individuo “pobre al grado de mendicidad”. En el pedido de declaratoria de pobreza de José María González, los testigos afirmaron que es “absolutamente pobre, sin bienes ninguno, que es peón jornalero y que ha tenido sólo un triste conchabo en las chacras de los azucareros” (Parolo, 2005/2006).

Entre otra de las connotaciones sociales que encerraba esta categoría, la que parece haber gozado de mayor consenso –probablemente por haber servido a las clases “decentes” para hacer frente a la tan referida “escasez de brazos”– fue la de identificar a los sectores bajos de la sociedad sin oficio con potenciales jornaleros que, al evitar conchabarse se transformaban en “vagos”, “malentretenidos”, “cuatreritos” y “ladrones”. La condición de peones en sí misma aparecía como un factor decisivo en la ubicación del individuo en la sociedad y en sus posibilidades de participación política, a tal punto que, tanto en el reglamento de elecciones de 1816 como en el de 1826, la condición de “doméstico asalariado”, así como la de “no tener propiedad conocida u oficio útil y lucrativo” excluían del derecho a votar.

Todas las connotaciones sociales negativas inherentes a la ocupación de peón se vinculaban –tal como lo estipulaban los reglamentos de elecciones– con la carencia de propiedades o rentas. La falta de bienes propios y la consecuente necesidad de vender la fuerza de trabajo por un muy bajo salario fueron elementos que justificaron la visión negativa que de peones y jornaleros construyó la élite tucumana, a los que se identificó con lo “más bajo” de la sociedad, por lo cual se los mantuvo –en teoría al menos– excluidos de la participación política.

En suma, en el ámbito rural coexistieron criadores y labradores; tanto blancos como mestizos y con diferentes niveles de riqueza y prestigio; y jornaleros caracterizados fundamentalmente por ser más jóvenes y entrar al mundo del

trabajo en edades más tempranas.¹⁰ Una mirada al interior de las ocupaciones rurales, por grupo de edades, permite afirmar que los jornaleros eran jóvenes (entre 15 y 29 años) y mayoritariamente solteros. A partir de los 45 años prácticamente desaparecía esta condición laboral. Los criadores, por el contrario, se hallaban presentes en todas las edades sin mayores fluctuaciones (al menos hasta los 45 años); mientras que los labradores, presentes en todos los segmentos, predominaban entre los 15 y 44 años (el 64% de ellos se encontraban en ese segmento). Tanto entre criadores como entre labradores predominaban los hombres casados sobre los solteros. De este modo, podríamos arriesgarnos a concluir que las ocupaciones de jornalero, criador y labrador, habrían sido, en muchos casos, etapas del ciclo de vida de un mismo individuo.

4.2 Las transformaciones en el medio siglo

Promediando la década de 1860, Tucumán ya tenía 108.953 habitantes, de los cuales el 65% residía en departamentos de campaña. El recuento de 1869 ofrece un panorama laboral un tanto diferente al de comienzos del siglo XIX, especialmente por la gran variedad de ocupaciones antes no registradas (ver Tabla N° 5)

Esta estructura ocupacional, empero, no fue homogénea en toda la campaña. Como apuntáramos anteriormente al referirnos a las ocupaciones de comienzo del siglo XIX, el peso relativo de cada una de las ocupaciones variaba según el perfil productivo de cada departamento (ver Tabla N° 6 en Anexo).

A modo de ejemplo, la información sobre tres departamentos rurales permite advertir dichas diferencias. Burruyacu, por ejemplo, con un perfil ganadero y dominado por grandes estancias, era el departamento con mayor proporción de dependientes (49,2% entre jornaleros y sirvientes frente a un 24% de criadores y labradores); mientras que tanto en Río Chico como en Leales predominaban las formas de trabajo con cierta independencia, como la cría de ganado y el cultivo de trigo y maíz. Si bien en Leales el porcentaje de criadores (19,2%) era mayor que el de Río Chico (8,9%), en ambos la agricultura aparecía como la actividad que absorbía la mayor cantidad de la mano de obra. La condición de jornalero o peón

¹⁰ Los pocos datos parciales sobre las ocupaciones femeninas, permiten advertir la inserción de éstas en el mundo laboral de la campaña en las mismas ocupaciones que los hombres (criadoras y labradoras) e, inclusive, similar condición de trabajo (jornaleras).

—quienes, seguramente, trabajaban en el ámbito agrícola y/o ganadero— constituía el 24,6% de las ocupaciones registradas.

Con respecto al trabajo femenino la muestra extraída en los tres departamentos denota que la actividad que concentraba el mayor porcentaje de mujeres era la textil (tejedoras, torcedoras, pelloneras, hilanderas, teleras), ya que absorbía más del 53% de la mano de obra femenina; en segundo término se encontraba la confección (costureras, bordadoras) que representaban el 17%; y en tercer lugar lo que actualmente denominamos el “servicio doméstico” (sirvientas, planchadoras, cocineras, lavanderas), que nucleaba al 14,2% del total de mujeres con ocupación (ver Tabla N° 6 en Anexo).

Efectivamente, en el medio rural la artesanía doméstica textil (hilado, torcido de lana, tejido, etc.) estaba fuertemente implantada. A nivel provincial representaba el 45% de la fuerza de trabajo femenina rural, mientras que el “servicio doméstico” y tareas afines congregaban el 24%. Las costureras constituían el 29%, aproximadamente. Por lo tanto, el tejido continuaba siendo una actividad femenina generalizada en el ámbito rural.

La manufactura de tejidos de Tucumán mereció en muchas oportunidades varios párrafos de visitantes y viajeros, como Woodbine Parish, quien en 1854 afirmaba que los pellones, otros tejidos de lana, randas de hilo de algodón, etc.; reportaban a la provincia un ingreso de 103.000 pesos plata, ocupando este tipo de producción el tercer lugar entre las exportaciones de la provincia (Parish, 1958:637). En 1855, el médico porteño Miguel Navarro Viola afirmaba que las mujeres tucumanas “se dedican generalmente al trabajo de fabricación de pellones y randas y es esta manufactura de mucha importancia [...] hilan y tuercen la lana y el algodón: urden sus telas después de haber teñido sus hilos por medios muy trabajosos y pesados, y finalmente los tejen, tardando muchos días en concluir un pellón”.¹¹ El resultado de dicha industria eran veinte o veinticinco mil pellones anuales que se exportaban hacia los mercados del litoral, de Bolivia y de otras provincias argentinas.

Si comparamos los resultados obtenidos de la muestra del censo de 1869 con los de los padrones de la primera mitad del siglo XIX, podemos observar que

¹¹ Citado por Carlos Páez de la Torre, “Tejidos a mediados del siglo XIX. Juicios del visitante porteño Miguel Navarro Viola”, *La Gaceta, Tucumán*, 18 de septiembre de 1998.

el cambio más notable a nivel general fue la aparición en algunos departamentos y el marcado aumento, en otros, del sector de jornaleros y peones.¹²

Si bien debemos recalcar el carácter complementario y alternativo de las ocupaciones agro-ganaderas (criadores y labradores) con la venta de la fuerza de trabajo (peones y jornaleros), las cifras entre uno y otro recuento indicarían un incipiente y asimétrico proceso de proletarización de la fuerza de trabajo con una paralela desestructuración de la economía doméstica de subsistencia.¹³ Sin embargo, esta afirmación adquiere algunos matices analizando la composición ocupacional femenina y masculina por separado.

En la estructura ocupacional masculina se evidencia esta tendencia hacia la preeminencia del trabajo asalariado de manera mucho más contundente. Sobre esta cuestión, Daniel Campi y María Celia Bravo trabajaron en torno al área rural del departamento Capital –donde el desarrollo de la agroindustria del azúcar ya había cobrado un papel dominante– y Monteros –en el que las actividades productivas conservaban un tradicional equilibrio entre la práctica de la agricultura, la ganadería y las actividades manufactureras–. En su trabajo sostienen que el 61% de los hombres de la muestra del área rural de la Capital eran peones, lo que estaría indicando un avanzado proceso de proletarización de la mano de obra masculina en la zona. Con relación a los oficios femeninos, el que dominaba en la muestra era el de costurera (23,7%); las trabajadoras del servicio doméstico representaban un 18%; un 17% eran tejedoras (sumando las escasas teleras, pelleras e hilanderas, el porcentaje del rubro textil doméstico ascendía a 21,7%) y por último encontramos un 4,5% de peonas. A partir de estos datos infieren que en esta zona de la provincia se estaban desarticulando las tradicionales funciones productivas de las unidades domésticas. Por otro lado, las trabajadoras del servicio doméstico y las “peonas” (22,5%) representaban un porcentaje importante de mujeres desvinculadas a las labores de su propio ámbito doméstico (Campi y Bravo, 1995).

¹² Sin embargo, si examinamos los datos de cada región, comprobamos que ese cambio en la composición ocupacional masculina fue más notorio en algunos departamentos (como Burruyacú o Capital rural, por ejemplo), mientras que en otros (Leales o Río Chico) parecía mantenerse, en mayor o menor medida, la estructura ocupacional de comienzos del siglo XIX caracterizada por el predominio de labradores y criadores sobre el sector de trabajadores asalariados.

¹³ Utilizamos el concepto proletarización para referirnos, de manera general, a la expansión de las relaciones salariales en el ámbito laboral. Por economía doméstica de subsistencia entendemos un tipo de producción artesanal con empleo de la mano de obra familiar, con una especial organización del trabajo que se desarrolla en el hogar y se distribuye entre sus miembros.

A este panorama exhibido por el departamento Capital se opone la estructura ocupacional del ámbito rural de Monteros. En esta circunscripción el porcentaje de peones y jornaleros –contemplando a la categoría sui géneris de “peones–labradores”– era notoriamente inferior (22,1%). Por otra parte, el oficio de labrador era, por lejos, el más difundido, con el 58,6%. Con relación a las mujeres, en el ámbito rural de este departamento el oficio más extendido era el de hilandera (33,6%), mientras que las tejedoras representaban casi un 15%. Sumando a hilanderas, tejedoras, pelloneras y torcedoras, las mujeres ocupadas en la artesanía textil doméstica constituían el 57,8%, mientras que las costureras participaban con el 24,4%. Las trabajadoras del servicio doméstico importaban apenas el 5,5% de la mano de obra femenina.

Este cuadro ocupacional insinúa, por un lado, que el proceso de proletarización de hombres y mujeres que se observa con nitidez en la Capital no se verificaba todavía en Monteros. Por otra parte, la notoria mayor presencia del rubro textil como actividad productiva femenina dominante en este último departamento indicaría que hubo una desigual implantación espacial de esta actividad, o que la misma entró tempranamente en decadencia en la Capital por efecto de la expansión del cultivo de la caña de azúcar, quizás en conjunción con otros factores, como la irrupción de los textiles importados.

El perfil socio–ocupacional de Río Chico y Leales se asemejaba al obtenido para Monteros: el porcentaje de peones y jornaleros era notoriamente inferior al de labradores y criadores, por un lado; y las tejedoras, hilanderas, pelloneras y costureras predominaban sobre las sirvientas, cocineras, lavanderas y planchadoras. El perfil socio–ocupacional de Burruyacu, por el contrario, se aproximaba más al de Capital: un porcentaje mayor de peones y preeminencia de mujeres ocupadas en el servicio doméstico.

En suma, podemos concluir que cada una de las regiones de la provincia presentaba una composición socio–ocupacional diferente que, sin duda, respondía a diferencias ecológicas, demográficas, de sistemas de propiedad de la tierra, a los disímiles perfiles productivos y a los cambios que fueron experimentando a medida que se iba transformando el modelo económico de la provincia.

Si bien el engrosamiento del sector asalariado (peones, jornaleros y servicio doméstico) y el estrechamiento del segmento compuesto por criadores y labradores es innegable, no podemos aún arriesgarnos a afirmar que dichas

tendencias respondían solamente a un proceso de desestructuración de la economía doméstica y un consiguiente drenaje de mano de obra hacia formas de trabajo asalariado. Un factor de relevancia que aún no hemos tenido en cuenta en este proceso de engrosamiento del sector “dependiente” es el de los migrantes. En 1869, se observa entre los peones un 20% de inmigrantes provenientes de provincias vecinas, lo que indicaría que uno de cada cinco no eran tucumanos. En las otras categorías la participación de migrantes era marcadamente inferior (de los 65 labradores sólo 7 eran de otras provincias).

La estructura ocupacional femenina, por su parte, experimentó en esos 35 años una transformación mucho más profunda y significativa que la de los hombres. No sólo la diversidad de ocupaciones era ampliamente superior a la registrada a comienzos de siglo, sino que la especificación del tipo de actividad realizada fue mucho más precisa. Sin duda estas diferencias en la utilización de categorías ocupacionales entre ambos recuentos respondían mucho menos a un cambio en la situación laboral de la mujer que a un criterio de recolección de datos y clasificación de los mismos, producto de la modalidad estadística del Censo de 1869. Sin embargo, a pesar de estas diferencias de forma, la estructura ocupacional femenina tuvo, sin duda, una serie de cambios significativos, especialmente en la aparición e incremento porcentual de categorías nuevas (sirvientas, cocineras, planchadoras, costureras, bordadoras) de condición asalariada. El avance de la proletarización se observaría, entonces, también en el mundo laboral femenino. Ahora bien, ¿este proceso se dio a costa de la desestructuración de la producción textil doméstica? Esta última actividad, representada por hilanderas, tejedoras y pelloneras, mostraba una presencia muy fuerte dentro de la estructura ocupacional congregando alrededor de un 30% de la fuerza de trabajo femenina.

Por lo tanto, no podemos afirmar que las transformaciones en la estructura ocupacional femenina en este medio siglo reflejaran un acelerado proceso de proletarización. Consideramos más pertinente sostener que si bien el porcentaje de mujeres ligadas al trabajo doméstico (sirvientas, lavanderas, cocineras, etc.) se incrementó entre esos años, en 1869 todavía predominaban las actividades de tejido y confección.¹⁴

¹⁴ Actividades sobre las cuales aún no conocemos el régimen de trabajo al que estaban sometidas. Para períodos posteriores contamos con descripciones como la de Rodríguez Marquina en las que afirma que las costureras trabajaban en “talleres” o en forma “clandestina”, mientras que las pelloneras venderían sus propias “mercancías” (Rodríguez Marquina, 1894:83). Diez años después, Biale Massé, hizo referencia a las “costureras” como la clase más numerosa. Según su

Las mujeres también parecen haber sufrido el impacto de la nueva coyuntura económica de la provincia. Una disminución muy acentuada de criadoras y labradoras contrasta con un engrosamiento del sector de servicio doméstico y el de las actividades textiles. Estas dos últimas ocupaciones habrían captado un importante porcentaje de la mano de obra femenina que otrora se concentraba entre las actividades agro-ganaderas.

Uno de los factores que habrían repercutido en la definición de los perfiles socio-ocupacionales diferenciados en las distintas regiones de la geografía provincial habría sido la estructura de la propiedad y los tipos de establecimientos productivos instalados en cada una de ellas.¹⁵ Dos procesos contrapuestos pueden servir de ejemplo para explicar la disímil evolución de la estructura ocupacional en la provincia. En Burruyacu, a fines de la colonia, más del 50% de la población residente no contaba con ningún derecho a la tierra –salvo en condiciones de préstamo o usurpación–, lo que sumado a la generalización de grandes estancias ganaderas explicarían la proliferación del trabajo asalariado, manifiesto en el notable incremento de peones y jornaleros durante el período. En cambio, el cuadro ocupacional que presentaban Leales –que tuvo algunos asentamientos agrícolas aislados– y Río Chico –uno de los espacios en los que se comenzaba a cultivar caña de azúcar– no evidenciaron transformaciones profundas.

5. Condiciones de trabajo y manifestaciones de resistencia

En este vasto universo laboral hasta aquí descripto, el trabajo podía adoptar diferentes formas y condiciones. Se pueden distinguir principalmente tres: el trabajo libre (asalariado o independiente), el esclavo (jurídicamente desposeído de su libertad) y el conchabo (compromiso de trabajo temporario durante el cual el trabajador quedaba a disposición de su patrón y quedaba limitado en su libertad

relato algunas “casas” (tiendas) daban el hilo y menesteres a sus costureras, las que trabajaban, por lo general, en sus domicilios a cambio de un magro sueldo según la clase y la cantidad de prendas que cosían en el mes (Bialet Massé, 1985:213-216).

¹⁵ Al menos hasta fines del siglo XVIII, no existía una predominancia de algún tipo de establecimiento en los distintos ecosistemas. Salvo en el caso de las chacras que tenían una ubicación muy puntual y el área montañosa del oeste y las estribaciones de las sierras de Medina y el Cajón (Burruyacu), donde se ubicaban los principales potreros naturales, el resto del espacio estaba ocupado por todo tipo de establecimientos, sin discriminación (López de Albornoz, 2002:189).

de acción y movimiento hasta que cumpliera con las tareas y el tiempo establecido). Las duras condiciones de trabajo y las restricciones a la libertad individual que implicaban las dos últimas, alimentaron numerosas manifestaciones de resistencia.

La fuga constituyó la más clara respuesta a dicha dominación. Al huir, el esclavo privaba al amo de su aporte como fuerza de trabajo y recuperaba para sí una relativa capacidad para decidir su destino, capacidad limitada, obviamente, por los riesgos que el individuo corría de ser encontrado y devuelto a su señor. Las huidas generalmente eran denunciadas ante el Cabildo (hasta 1824) o ante el Gobernador (especialmente a partir de la década de 1830) con el fin de que se arbitren los medios necesarios para su captura y restitución. Una de las modalidades de fuga era escapar de la casa o estancia de los amos y refugiarse en la cárcel, el cabildo o alguna casa particular que los acogiese, mientras se presentaba una demanda civil por malos tratos; por nueva tasación o para obtener la libertad. Es decir, los esclavos aceptaban su condición hasta cierto punto en que consideraban que el amo había traspasado determinado límite o umbral de tolerancia y había caído en el exceso o abuso de poder. En este caso, a los ojos del sometido su fuga era legítima, pero asimismo, atendiendo a que por lo general lo hacían para obtener un cambio de amo o asegurarse un mejor trato, el delito no implicaba un cuestionamiento a la institución de la esclavitud en sí, sino la capacidad de los esclavos de modificar sus condiciones de vida en el marco del sistema social vigente. Por otra parte, los requerimientos de la guerra constituyeron otra alternativa de evasión. Muchos de los criados (esclavos) enrolados en las filas del Ejército o en el Cuerpo de Cívicos no volvían ya sea por haber hecho fuga abiertamente o por haberse escudado en una dudosa muerte en combate, hechos que generaron conflictos de intereses entre los amos y el Estado.

A partir de 1840, las fugas de esclavos (del mismo modo que las demandas y petitorios realizados por estos últimos, como veremos más adelante) se habrían incrementado debido a que “el señor general en jefe ha dado la libertad á todo esclavo”. Así lo afirmaban en sus demandas dos individuos de la campaña que perdieron a sus respectivas criadas por “haber hecho fuga” a la ciudad para solicitar personalmente ante el Gobernador su carta de libertad. Según estudios realizados sobre el “cimarronaje” en Lima en el período republicano (1821-1854), este incremento de las fugas a partir de las guerras por la independencia se explicaría por un “despertar jurídico” de los esclavos impulsado especialmente por la figura del Defensor de Pobres y Menores, que hacía las veces de transmisor de

determinadas ideas de justicia y derechos que habrían redundado en una especie de “consciencia esclava” de que su condición no era natural ni irreversible y que era posible apelar a la justicia cuando se vulneraban sus derechos (Aguirre, 1990: 153-154).

Respecto a las fugas de peones conchabados, las referencias a este tipo de episodios abundan en la documentación, especialmente en las justificaciones de las leyes contra la vagancia y en declaraciones de acusados de “vagos y malentretenidos”, quienes, generalmente, eran tenidos también por ladrones por no hallarse conchabados a un patrón. En más de un caso los detenidos enumeraban los patrones para los que habrían trabajado, el tiempo y las tareas cumplidas, a fin de demostrar que no eran “vagos”, pero, en otros casos, reconocían que habiéndose conchabado y recibido el salario por adelantado no había servido a su patrón. Por ejemplo, en 1800, Santiago Leguizamón, arrestado por “vago y ladrón”, admitió no haber servido al tropero Ramón Guevara a pesar de haber percibido el salario.¹⁶ En ese mismo año Juan José Miranda, también arrestado por robo, declaraba haber percibido doce pesos de salario por haberse conchabado en una tropa de carretas de Pedro Villafañe, la que abandonó al entrar en la Sierra de Córdoba.¹⁷ Los otros casos de “hurto de servicio” responden a patrones similares a los ejemplos citados, lo que permite inferir que, por lo general, se trató de peones conchabados que abandonaban las tropas de carretas o las tierras en las que trabajaban, previo hurto de dinero, caballos u otros bienes, además del salario adelantado. Los mismos no eran perseguidos ni arrestados por la fuga en sí, sino por el robo.

Entre 1849 y 1851, en los Partes diarios de Policías se denunciaron sólo 14 detenciones de peones con deuda que hicieron fuga del servicio de sus patrones (1,3% del total de arrestos). Si bien, debido a los vacíos de información en la documentación no se puede evaluar correctamente la magnitud del fenómeno, el análisis de los partes policiales disponibles permiten inferir que estas fugas no parecen haber sido tan numerosas –o que no eran denunciadas, registradas ni perseguidas con demasiado rigor–, a diferencia de lo sucedido en el último cuarto del siglo XIX, etapa del “despegue” de la industria azucarera, en la que alrededor del 21% de las detenciones respondían a esa causa. Asimismo, las penas impuestas a los fugados –que oscilaban entre cinco días (si sólo había hecho

¹⁶ AHT, SJ del Crimen, caja 13, exp. 8, año 1800.

¹⁷ AHT, SJ del Crimen, caja 13, exp. 2, año 1800.

fuga) y un mes (si la misma estaba agravada por robo)–, indicarían que este delito era considerado como una falta menor.¹⁸

Esta forma pasiva de resistencia a la coacción laboral se habría tornado violenta en algunas oportunidades. Un episodio de fuga acompañado por robo y asesinato al patrón en un viaje a Salta, habla de una actitud de emoción violenta – desatada, probablemente, por el rechazo a las condiciones de trabajo y al maltrato recibido– manifiesta en la saña con que el peón ultimó a su patrón. En el parte policial se describe al cadáver:

“...tiene en la cabeza un cardenal, señal de haber recibido una pedrada, de la cual se saltó el ojo fuera, una puñalada en el costado, y además está degollado; la ropa que ha tenido en el cuerpo, es un pantalon, una chaqueta de paño [...] y una corvata de ceda, no teniendo mas prendas pr que el peon le ha traído todo lo demas...”.¹⁹

Si bien la fuga en sí misma puede leerse como una manifestación de resistencia a determinadas condiciones de vida y de trabajo, el haber sido acompañadas por el abandono del servicio del patrón habiendo recibido el salario por adelantado, el hurto de otros bienes (caballos, dinero, aperos de montar, etc.) y el uso de la violencia física permiten interpretar el accionar de estos peones como elocuentes explosiones de rebeldía.

Otros optaron por la vía de la legalidad para canalizar sus reclamos. La sevicia fue uno de los principales motivos de denuncias de esclavos y criados contra sus amos. Conscientes de que demostrando el incumplimiento de algunos de los deberes del amo (alimentación, vestido, evangelización, trato “humanizado”, etc.) podrían conseguir su papel de venta –ya sea para comprar su libertad o para ser vendido a otro amo– algunos esclavos acudieron a la justicia para reclamar otras condiciones de vida y de trabajo. Tal fue el caso de una mulata llamada Ramona que en 1801 se presentó ante el Defensor de Pobres de la ciudad solicitándole que protegiera a su hija de 14 años en poder de Manuel Mori y que padecía “sevicia y crueldad”. Su objetivo era obtener el papel de venta, “el único remedio que las autoridades previenen para evitar el mal trato y crueldad de los

¹⁸ Ortega, Fernando; Aráoz Alcira Magdalena y Alurralde, Ana Paula; *Significado social de la criminalidad en Tucumán entre los años 1885-1886*. Trabajo de Seminario dirigido por Lic. Daniel Campi. Facultad de Ciencias Económicas. UNT. Tucumán, 1993.

¹⁹ AHT, SA, Vol. 69, año 1849, f. 336.

esclavos”. A pesar de las declaraciones de los testigos, el Alcalde de Primer Voto entendió por no probada la sevicia.²⁰

Un segundo caso útil para ilustrar las condiciones del trabajo esclavo, se produjo en 1815, oportunidad en la que el Regidor Defensor General de Pobres presentó demanda contra Mariano Levi, en procura de conseguir la enajenación de su esclava Juana “por intolerable sevicia”. Del mismo modo que en el caso citado previamente, se apeló a la declaración de testigos siguiendo un interrogatorio preestablecido:

“Primeramente si es cierto que la servidumbre en que la Esclava Juana se halla constituida bajo la potestad de Dn Mariano Levi, es dura, intolerable, y de evidente peligro.

Y también si es cierto que esta esclava es la única que asiste a la numerosa familia de Levi, así en el continuo amacijo de pan, como en la cocina, labados, bantas y demás servicios indispensables de la casa, sin el menor descanso personal.

Y también si es cierto que de resultas de haber tolerado la dura y continua servidumbre de Levi por el espacio de más de un año, cayó Juana enferma de peligro en meses pasados, en cuyo estado fue desatendida de alimentos, y arrojada al campo sola con dirección a la Estancia por su combalecencia.

Y también si es cierto que Dn Mariano Levi es un hombre iracundo, colérico y acostumbrado a poner en acción las amenazas...”²¹

Los testimonios de sirvientes, vecinos y del médico, coincidieron en que Juana era la única esclava del demandado y que habían oído sus quejas, aunque admitieron que no les constaba la existencia de malos tratos. El pulpero hizo un encendido descargo defendiendo su derecho de propiedad sobre la esclava y justificando las tareas realizadas

“amazar en consorcio de mimuguer, y hermanas políticas, bender empanadas, y cosinar, uno u otro día. Ella no laba, no cocina, no raja leña ni se ocupa en ejercicios violentos superiores a su constitución y sexo. Donde está pues el remo y trabajo intolerable ¿sea creído acaso el Señor Regidor que yo y otros compramos criadas para tenerlas

²⁰ AHT, SJC, caja 48, exp. 25, año 1801

²¹ AHT, SA, Vol. 24, año 1815.

colocadas en el Estrado? Si los motivos que han influido en el celo del Señor Regidor para promoverme articulaciones tubieran el menor apoyo legal todo el orden público, se veria invertido; ocupada la mejor atencion de los juzgados en quejas de Esclavas por el desempeño de obligaciones aque las condujo la servidumbre. Advierta el Señor Regidor la herrada inteligencia que dá a la sevicia y maltrato la que se hace consistir por mejores plumas en el castigo excesivo en la desnudez y ambruna, pero de ningun modo en el desempeño del deber aquele constituyó la naturaleza de su estado...”.

No cabe duda que, según Levi, la justicia no debía ocuparse en atender reclamos de criados que, al fin y al cabo, eran tratados como su condición lo ameritaba. Finalmente el Tribunal de Concordia falló a favor del demandado y ordenó se le restituya la esclava.

En suma, la sevicia justificaba la huida, el petitorio de protección y cambio de amo por parte del esclavo, pero los argumentos y hechos probatorios de aquella no siempre resultaban suficientes para que la justicia admitiera que el amo había traspasado aquella ambigua frontera que separaba el trato correctivo admisible dado a un esclavo del mal trato que estos últimos denunciaban.

Pero no sólo los esclavos utilizaron la vía de la demanda judicial. Tanto indios, como criados libres y peones se valieron de este instrumento como medio de denuncia y protesta contra, lo que consideraban, un trato injusto. En 1799 el protector de naturales realizó una presentación en defensa de una india de 11 años argumentando que:

“Justo Pedraza haciendo mal uso del favor que tenia con el juez mantenía en su casa, aprovechandose de gratis del servicio de la miserable, con pretexto de darle buenaeducacion que es el titulo con que pretende justificar ordinariamente la violencia que se hace a estas miserables para reducir las a una servidumbre semejante a la esclavitud...”.²²

La cita permite advertir que el peso de los lazos de poder y la complicidad de quienes lo detentaban, hacían aún más difícil a los sectores subordinados acceder a medios legítimos de protesta y reclamo.

²² SA, Vol. XIII, año 1799, fs. 467-469 y 470-473; AHT, SJ del Crimen, caja 14, exp. 20, año 1802.

Sin embargo, no todos los intentos de los dependientes en pos de revertir su situación fueron fracasos. En 1802 Ignacia Huncos, india tributaria, demandó criminalmente a Don Santiago Maciel por haberla “maltratado cruelmente con un garrote de cuyas resultas [quedó] herida en la cabeza”. Finalmente el juez condenó al acusado a resarcir a la víctima. Similar resultado tuvo una demanda presentada setenta años después por un peón de tropa contra Durbal Vázquez, tropero al que acusó de haberlo maltratado. Actuaron como testigos varios vecinos, el capataz de la tropa y otros peones. Si bien quedó demostrado que los golpes fueron dados por el acusado, no fue considerado tan grave dado que el peón ya estaba fuera de peligro y, aunque el informe médico hablaba de un “estado de imbecilidad” del peón, el juez no lo creyó atribuible a los castigos recibidos. Se resolvió hacerle pagar a Vázquez una indemnización y las costas del juicio.²³

Sin duda la violencia cotidiana y privada era parte de las acciones disciplinarias de amos y patrones, las que no creemos que hayan formado parte de una excepción. Pero, asimismo, los expedientes analizados prueban que en el proceso de delimitación de los confines de lo permisible actuaban fuerzas de distinta índole impulsadas por la letra de la ley, las prácticas legitimadas por la costumbre, los alcances e interpretación del derecho de propiedad, la opinión pública (“vecinal”) y el umbral de tolerancia y sumisión del individuo maltratado.

6. Conclusiones

El análisis ocupacional de la población masculina de la ciudad de Tucumán durante el siglo XIX arroja una gran variedad de ocupaciones, muchas de las cuales implicaban una relativa independencia (especialmente los oficios artesanales). Sin embargo, los importantes porcentajes de peones y sirvientes, así como de empleadas domésticas estarían indicando que el trabajo asalariado se mantuvo durante el período fuertemente arraigado y en franco aumento. Probablemente, estas características del mundo ocupacional de los 50 primeros años del siglo XIX sugieran que pese a que todavía no se había desatado el auge azucarero, ya se había proletariado un amplio segmento de la sociedad.

En el ámbito rural, asimismo, podemos concluir que hacia 1869 –cuando Tucumán no había alcanzado aún la consolidación de su proceso de reconversión

²³ AHT, SJ del Crimen, caja 21, exp. 5, año 1872.

productiva hacia la agricultura pero la agroindustria del azúcar comenzaba a imponerse y a desplazar a las actividades tradicionales— algunos departamentos de la campaña comenzaron a experimentar ciertas transformaciones en su estructura ocupacional. El avance de las formas de trabajo masculinas asalariadas parecen haber sido la respuesta de un alto porcentaje de pequeños criadores y labradores independientes ante la nueva coyuntura económica. Por otro lado, la presencia de la gran propiedad habría profundizado (especialmente en los departamentos ganaderos) el proceso de proletarización de un importante sector social, representado por el marcado aumento de peones y sirvientes. Sin embargo, se mantuvo la preeminencia de individuos dedicados a la agricultura y a la ganadería en algunos departamentos, así como de mujeres abocadas a la manufactura textil, lo que pareciera indicar que la nueva coyuntura económica de la provincia —caracterizada por el avance de la agroindustria azucarera— no habría impactado aún de manera decisiva en la estructura productiva de toda la geografía provincial como para modificar radicalmente el perfil ocupacional de comienzos del siglo XIX.

IV. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Aguirre, Carlos; "Cimarronaje, Bandolerismo y desintegración esclavista. Lima 1821-1854". Aguirre, C; Walker, Ch. (eds.); Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en Perú, siglos XVIII-XX. Industrial Gráfica S.A. Lima, Perú, 1990 (1° edición).

Campi, Daniel y Bravo, María C., "La mujer en Tucumán a fines del siglo XIX. Población, trabajo, coacción", en Teruel, Ana (compiladora), Población y Trabajo en el Noroeste Argentino. Siglos XVIII y XIX, Jujuy, UNIHR – Unju, 1995.

Campi, Daniel, "Notas sobre la gestación del mercado de trabajo en Tucumán (1800-1870)", en Gelman, J, Garavaglia, J.C y Zeberio, B. (compiladores.), Expansión capitalista y transformaciones regionales, Buenos Aires, coedición La Colmena y Universidad del Centro de la Provincias de Buenos Aires, 1999.

Fradkin, Raúl, "¿Estancieros, hacendados o terratenientes? La formación de la clase terrateniente porteña y el uso de las categorías históricas y analíticas (Buenos Aires, 1750-1850", en Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (comps), La problemática agraria. Nuevas aproximaciones, I, Buenos Aires, CEAL, 1993.

Gelman, Jorge "Familia y relaciones de producción en la campaña rioplatense colonial. Algunas consideraciones desde la Banda Oriental", en Garavaglia y Moreno (comps.) Población, Sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX, Buenos Aires, Cántaro, 1993.

HalperínDonghi, Tulio "Gastos militares y economía regional: el Ejército del Norte (1810-1817), en Desarrollo Económico, vol. 11, núm. 41 (abril-junio), Buenos Aires, 1971, pp. 87-99.

HalperinDonghi, Tulio Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

Leoni Pinto, Ramón Tucumán y la región noroeste. Período 1810-1825, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 2007 (Tesis doctoral defendida en UNT en 1998).

Lizondo Borda, Manuel (compilador), Tucumán a través de la Historia. El Tucumán de los poetas, Tucumán, 1916.

López de Albornoz, Cristina, "Mano de obra libre: peonaje y conchabo en San Miguel de Tucumán a fines del siglo XVIII", en Población y Sociedad, N°1, Tucumán, Fundación Yocavil, 1993.

López de Albornoz, Cristina, "Productores rurales de dos curatos de San Miguel de Tucumán. Fines del siglo XVIII", en Lorandi, Ana María, El Tucumán

colonial y Charcas, Tomo II, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1997.

López de Albornoz, Cristina Los dueños de la tierra. Economía, sociedad y poder en Tucumán (1770-1820). Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2002.

Páez de la Torre, Carlos (h), "Tejidos a mediados del siglo XIX. Juicios del visitante porteño Miguel Navarro Viola", en La Gaceta, Tucumán, 18 de septiembre de 1998.

Parolo, María P., "Estructura socio-ocupacional en Tucumán. Una aproximación a partir del censo de 1812", en Población y Sociedad, N° 3, Tucumán, Fundación Yocavil, 1995.

Parolo, María Paula, "Criadores, labradores, capataces y peones en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX", en Anuario IEHS, N° 15, Tandil, Universidad Nacional del Centro, 2000.

Parolo María Paula "Las pulperías en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX. Un espacio de libertad y de conflicto", Revista Travesía, N° 7/8, Instituto de Estudios Socio-Económicos, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán. Primer y segundo semestre de 2004, pp. 121-142.

Parolo María Paula "Actores económicos y categorías ocupacionales. Los sectores mercantiles en Tucumán, 1800-1870". Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani, N° 27, Buenos Aires, 3ª serie – 1er semestre de 2005, pp. 75-106.

Parolo María Paula "La sociabilidad "peligrosa" y las formas de control social en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX", Revista Humanitas, N° 33, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán (, Año XXV, 2006, pp. 309-324.

Parolo María Paula "Nociones de pobreza y políticas hacia los pobres en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX", Revista Población & Sociedad, Vol. 12/13. Fundación Yocavil, Tucumán, 2005/2006, pp. 133-163.

Parolo, María Paula *Ni Súplicas, ni ruegos". Las estrategias de subsistencia de los sectores populares en Tucumán. Primera mitad del siglo XIX*, Prohistoria, Rosario, 2008.

Vilar, Pierre, Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1980.

Fuentes editas

Andrews, Joseph, Las provincias del Norte en 1825, Universidad Nacional de Tucumán, 1967

BialetMassé, Juan, Informe sobre el Estado de la clase obrera (Tomo I), Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 (Primera edición 1904).

Burmeister, Germán, Descripción de Tucumán, Publicación de la Universidad Nacional de Tucumán, 1916.

De Moussy, Martin, DescriptionGeographique et statistique de la ConfederationArgentine (Tomo II), París, 1864

Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano, Tomo XII, Barcelona-Buenos Aires, 1912.

Jaimes Freyre, Ricardo; "Tucumán y la vida cotidiana en 1810". En *Noticia Histórica y Documentos inéditos*. Tucumán, 1909.

Parish, Woodbine, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, Hachette, 1958.

República Argentina, Primer Censo de la República Argentina, verificado los días 15, 16 y 17 de setiembre de 1869, Buenos Aires, Imprenta del porvenir, 1872.

Rodríguez Marquina, P., "Crónica General", en *Tucumán Literario*, Año III, Núm. 9, 10 y 11, Tucumán, marzo de 1894.

Fuentes inéditas

• ARCHIVO HISTORICO DE TUCUMAN

Sección Administrativa:

Actas Capitulares: Volúmenes 9 a 107 (años 1799 - 1870).

Sección Documentación complementaria:

Caja IX . Expediente 5.

Sección Judicial Civil. Serie A (Años 1800 a 1873)

Sección Judicial Civil. Serie B (Años 1826 a 1859)

Sección Judicial del Crimen (Años 1798 a 1850)

• CENTRO DE GENEALOGIA DE LA IGLESIA DE LOS MORMONES

Censo nacional de 1869. Tomo 450: Burruyacu. Población de campaña (Microfilm. Rollo 726043)

Censo nacional de 1869. Tomo 458: Leales – Encalilla. Población de campaña (Microfilm. Rollo 587923)

Censo nacional de 1869. Tomo 459: Leales – Encalilla. Población de campaña (Microfilm. Rollo 694850)

Censo nacional de 1869. Tomo 463: Río Chico. Población de campaña (Microfilm. Rollo 694854)

Censo nacional de 1869. Tomo 463: Río Chico. Población de campaña (Microfilm. Rollo 694855)

Censo nacional de 1869. Capital . Población urbana. (Microfilm. Rollo 687672)

Censo nacional de 1869. Capital . Población urbana. (Microfilm. Rollo 687673)

Censo nacional de 1869. Capital . Población urbana. (Microfilm. Rollo 687674)

Censo nacional de 1869. Capital . Población urbana. (Microfilm. Rollo 726038)